

Thomas Piketty

Trump y el capitalismo nacional a raya

Blog del autor, 18 de febrero de 2025.

Para quien tenga dudas, Donald Trump al menos ha dejado las cosas claras: la derecha existe y habla fuerte. Como ha sucedido a menudo en el pasado, adopta la forma de una mezcla de nacionalismo violento, conservadurismo social y liberalismo económico desenfrenado. Podríamos llamar al trumpismo nacionalliberalismo, o más exactamente, nacionalcapitalismo. Las declaraciones de Trump sobre Groenlandia y Panamá muestran su apego a la forma más agresiva, autoritaria y extractivista del capitalismo, que es en el fondo la forma real y concreta que el liberalismo económico ha adoptado a menudo a lo largo de la historia, como acaba de recordarnos Arnaud Orain en *"Le Monde confisqué". "El mundo confiscado. Ensayo sobre el capitalismo de la finitud, siglos XVI-XXI"* (Flammarion, 2025).

Seamos claros: al capitalismo nacional de Trump le gusta hacer alarde de su fuerza, pero en realidad es frágil y está a raya. Europa tiene los medios para afrontarlo, le da renovada confianza, forja nuevas alianzas y analiza con serenidad las fortalezas y los límites de ese marco ideológico.

Europa está bien situada para hacerlo. Desde hace mucho tiempo ha basado su desarrollo en un patrón militar-extractivista similar, para bien o para mal. Después de tomar por la fuerza el control de las rutas marítimas, las materias primas y el mercado textil mundial, las potencias europeas impusieron tributos coloniales a todas las naciones resistentes a lo largo del siglo XIX, desde Haití hasta China y Marruecos. En 1914, estaban enfrascados en una feroz lucha por el control de territorios, recursos y el capitalismo global. Incluso se impusieron unos a otros tributos cada vez más exorbitantes: Prusia exigió tributo a Francia en 1871, luego Francia a Alemania en 1919: 132 mil millones de marcos oro, más de tres años del PIB alemán de la época. Una proporción comparable al tributo impuesto a Haití en 1825, salvo que en aquel momento Alemania disponía de medios para defenderse. La escalada sin fin condujo al colapso del sistema y de la arrogancia de Europa.

Ésta es la primera debilidad del capitalismo nacional: cuando las potencias llegan al punto de ebullición, acaban devorándose unas a otras. La segunda es que el sueño de prosperidad prometido por el capitalismo nacional siempre termina decepcionando las expectativas públicas porque, en realidad, se basa en jerarquías sociales exacerbadas y en una concentración cada vez mayor de la riqueza. Si el Partido Republicano se ha vuelto tan nacionalista y virulento hacia el mundo exterior se debe, en primer lugar, al fracaso de las políticas de la era Reagan, que se suponía que impulsarían el crecimiento, pero sólo lo desaceleraron y llevaron a un estancamiento de los ingresos en su mayor parte. A mediados del siglo XX, la productividad estadounidense, medida como PIB por hora trabajada, era el doble de la de Europa, gracias a la ventaja educativa del país. Desde la década de 1990, se sitúa al mismo nivel que el de los países europeos más avanzados (Alemania, Francia, Suecia o Dinamarca), con diferencias tan pequeñas que son estadísticamente indistinguibles.

Impresionados por las capitalizaciones de mercado y las cifras de miles de millones de dólares, algunos observadores están sorprendidos por el poder económico de Estados Unidos. Olvidan que estas valoraciones son resultado del dominio monopolístico de unos pocos grupos importantes y, en términos más generales, que las astronómicas cantidades en dólares reflejan los altísimos precios impuestos a los consumidores estadounidenses. Es como analizar las tendencias salariales sin tener en cuenta la inflación. Si se mide en términos de paridad de poder adquisitivo, la realidad es muy diferente: la brecha de productividad con Europa desaparece por completo.

Según esta medición, el PIB de China superó al de Estados Unidos en 2016. Actualmente es más de un 30% más alto y alcanzará el doble del PIB de Estados Unidos en 2035. Esto tiene consecuencias muy reales en términos de su capacidad para influir y financiar inversiones en el Sur Global, especialmente si Estados Unidos se encierra en su postura arrogante y neocolonial. La realidad es que Estados Unidos está al borde de perder el control del mundo, y la retórica de Trump no cambiará eso.

Resumamos: la fuerza del capitalismo nacional reside en glorificar el poder y la identidad nacional mientras denuncia las ilusiones de la retórica despreocupada sobre la armonía universal y la igualdad de clases. Su debilidad es que choca con las luchas de poder y olvida que la prosperidad sostenible requiere una inversión educativa, social y ambiental que beneficie a todos.

Frente al trumpismo, Europa debe, ante todo, mantenerse fiel a sí misma. Nadie en el continente, ni siquiera la derecha nacionalista, quiere volver a las posturas militares del pasado. En lugar de dedicar sus recursos a una carrera armamentista interminable (Trump ahora exige presupuestos militares de hasta el 5% del PIB), Europa debe basar su influencia en el derecho y la justicia. Las sanciones financieras selectivas, aplicadas en la práctica a unos pocos miles de dirigentes, pueden tener un impacto más fuerte que el almacenamiento de armas. Por encima de todo, Europa debe atender los llamados del Sur Global a la justicia económica, fiscal y climática. Debe renovar su compromiso con la inversión social y superar definitivamente a Estados Unidos en términos de formación y productividad, tal como ya lo ha hecho en materia de salud y esperanza de vida. Después de 1945, Europa se reconstruyó a través del Estado de bienestar y la revolución socialdemócrata. Este proyecto sigue inacabado: por el contrario, debe ser visto como el comienzo de un modelo de socialismo democrático y ecológico que ahora debe ser pensado a escala global.